

## **Carta al consejo editorial**

---

Ciudad Universitaria,  
29 de octubre de 1976

Sra. Neus Espresate  
Ediciones Era, S. A.  
Apartado Postal 74-002  
México 13, D. F.

Querida Neus:

He visto con indignación y sorpresa que han publicado en esa revista de que eres editora un artículo que sostiene el mismo tipo de argumentos calumniosos que manejaron en mi contra, exactamente hace cuatro años, Castro Bustos y Falcón. Toda mi trayectoria progresista, antes, durante y después de mi gestión en la rectoría ha sido deliberadamente ignorada en el artículo que ustedes publican. Al enviarte esta carta, rogándote la des a conocer en tu revista, no sólo me mueve el deseo legítimo de defenderme frente a la calumnia y la infamia de que se busca hacerme objeto, sino señalar la enorme responsabilidad que personas como ustedes adquieren al alentar una detracción basada en hechos falsos e interpretaciones de mala fe, que obviamente perjudican la unión de las fuerzas progresistas y revolucionarias de México.

Hace muchos años he sostenido ideas progresistas y democráticas, y he manifestado en mi obra y mi vida una crítica sistemática al sistema capitalista, y una exaltación cada vez más firme de la solución socialista. Lejos de abandonar esas ideas, con el transcurso del tiempo, de mis estudios y experiencias, las he profundizado y difundido, como es público y notorio.

Contribuir a esclarecer los problemas de la lucha de clases en nuestro país y en el mundo no sólo exige estudiar y precisar con rigor creciente el carácter de esas luchas, y las varias contradicciones y mediaciones que las caracterizan, sino requiere ante todo y sobre todo una profunda honestidad intelectual. En los ataques del artículo que ustedes publican se hallan ausentes, tanto un análisis de clase mínimamente riguroso, como la más elemental honestidad intelectual. El ataque sostenido de que me hace objeto el autor es un ejemplo claro de la forma en que la ideología revolucionaria de base marxista, se usa en formas coyunturales, con conceptos esquemáticos y estigmas funcionalistas, a modo de distraer, engañar y confundir a

las fuerzas progresistas y revolucionarias que buscan definir una línea de acción para las luchas inmediatas y futuras. El artículo es un claro ejemplo de agresividad confusionista, publicado en circunstancias que no son casuales, y cuando todo indica que las fuerzas más reaccionarias de las clases dominantes se hallan deseosas de aplicar la política del Fondo Monetario Internacional, con que pronto van a atacar a las universidades, restándoles fuerzas, posibilidades y recursos. Para ello les vienen muy bien las críticas que dividan, distancien y enfrenten a las fuerzas que potencialmente puedan defender a la Universidad.

Ello no debe por supuesto inducirnos a renunciar a la crítica, sino a exigir que ésta sea rigurosa y muy honesta.

La respuesta a la política del imperialismo y la burguesía monopólica asociada, privada o pública, es el fortalecimiento y la ampliación de las bases sociales de una universidad progresista y crítica. Ello no se logra descalificando, injuriando y pretendiendo exacerbar, o anular, a las fuerzas progresistas que no emplean el máximo verbalismo revolucionario. Ni ejerciendo una presión sobre ellas que las lleve a aparecer como provocadoras de una situación que ha sido precisamente provocada por el imperialismo, el capital monopólico y la política de las clases dominantes.

Dentro de esta situación de ataque a las universidades, y en particular a sus trabajadores, profesores y estudiantes progresistas, se inscriben las calumnias que me lanza el autor del artículo.

En mi larga experiencia de profesor universitario ya me he acostumbrado a ver muchos jóvenes que emplean un lenguaje revolucionario por razones temperamentales, o por consignas coyunturales, o a modo de solicitudes de empleo. A otros he visto —en el extremo opuesto— que inician una vida revolucionaria profundizando sus conocimientos y sus vínculos con las clases trabajadoras y las causas revolucionarias. Mi último libro se lo dediqué a uno de ellos. Se llamaba, como tú sabes, Camilo Torres.

Ignoro cuál sea el futuro del autor del artículo. De una cosa estoy profundamente convencido. Para ser revolucionario se necesita ser honesto. Quien no tiene respeto por la verdad histórica ni tiene respeto por sí mismo, no tiene respeto por el pueblo o el proletariado. La boca se le puede llenar con frases marxistas, leninistas y revolucionarias, y si en ellas caben las mentiras hasta la palabra pueblo, o proletariado, son en él mentiras. Desgraciadamente para el autor del artículo y su futuro, los ataques de que me hace objeto constituyen una ominosa carta de presentación.

El escrito está plagado de citas falsas, de tergiversaciones cronológicas y de ocultamiento

de hechos. El señor Ochoa ha dedicado mucho tiempo y malicia a elaborar una escrupulosa calumnia que combina con algunos problemas reales para avalar sus engaños. Es una vieja técnica retórica. Sólo que ahora son tantas las mentiras, que hasta las verdades parecen falsas. Y no hablo nada más por hablar o por justa irritación, sino de la manera más objetiva.

Contradecir una a una todas las falsedades y engaños del artículo constituiría una tarea extremadamente laboriosa. Baste señalar algunos textos que revelan las limitaciones intelectuales y morales del autor y su obra. Porque también tiene limitaciones intelectuales (es justo reconocerlo).

En la p. 68 (la. col.) la tesis implícita es que la Universidad obedece a los dictados del Estado y que lo hizo durante mi gestión. Al efecto el autor cambia la cronología de los hechos. Según él, el Plan SEP-ANUIES determinó las reformas de la UNAM en 1970-72. La historia prueba que ocurrió lo contrario.

En la misma página y columna, para reforzar la misma tesis, el autor afirma que la reforma universitaria fue elaborada por el “Consejo de la Nueva Universidad”, y que era presidente del mismo Roger Díaz de Cosío, lo cual es cierto. Sólo que para demostrar nuevamente que las autoridades universitarias obedecieron a las del Estado, hace aparecer al Presidente del Consejo como si desde entonces fuera un funcionario de la Secretaría de Educación Pública. Lo cual es históricamente falso.

En la p. 69, el autor intenta mostrar que la burguesía busca imponer una política puramente tecnocrática o conservadora para formar profesionales de distintos niveles que sólo sean técnicos al servicio de la burguesía, y que no se “nutran de ideas ajenas”. Todo ello es sólo relativamente cierto, pues se trata de una tendencia general del capitalismo, y en éste se dan también una serie de contradicciones por las cuales le es imposible a la burguesía llevar a la práctica ese tipo de objetivos en todo momento y situación.

Al topar con el proyecto del Colegio de Ciencias y Humanidades —hoy realidad, en que se educan más estudiantes que en la Escuela Nacional Preparatoria— el autor del artículo no puede ocultarse el hecho de que el programa se propuso (y logró) acabar con la enseñanza puramente técnica, o especializada, con las separaciones artificiales del conocimiento científico y humanístico. El CCH impuso las bases de un ideal que justamente contraría la atomización del conocimiento. De raíz eliminó la división del trabajo intelectual que obstaculiza la percepción de las totalidades históricas y naturales. Fue y es un Colegio que nada tiene de tecnocrático, ni en sus planes de estudio, ni en sus métodos de enseñanza, ni en

la composición de sus profesores.

Sin embargo, el autor se aferra a su idea simplista de que toda burguesía, en todo momento y lugar, impone una reforma tecnocrática, y sin elementos para comprobar el éxito de la burguesía, y la funcionalidad del sistema establecido por nosotros, aduce como pruebas: lo.] Que “el CCH se plantea como tarea perentoria [esto es, determinante o apremiante] relacionar el trabajo del humanista con el del científico y el técnico”. Lo cual es cierto, y prueba de lo contrario. 2o.] El que la reforma busca “la reducción de la licenciatura a cuatro años y la creación de carreras cortas subprofesionales”. La prueba es falsa. Según el autor será menos tecnocrática una carrera conforme aumente el número de años, y es tecnocrático el dar diplomas intermedios a los estudiantes universitarios, antes de los cinco o seis años de la licenciatura. Y, 3o.] falsifica una cita, pone entre comillas, que yo sostuve en una entrevista que “el país no debe nutrirse de ideas ajenas”. El reportero no había puesto semejante disparate entre comillas; pero el autor con deliberada deshonestidad intelectual me atribuye haber sostenido una tesis mackartista, a la que me he opuesto siempre. De lo que hay constancias en mis escritos, incluidos los de la rectoría. Siempre he sostenido el hermoso lugar común de que “Nada que sea humano nos es ajeno”. Pero el autor tenía que probar lo contrario. Y, como no podía, falsificaba los hechos. Y como eso resultaba insuficiente, pues muchos otros hechos contrariaban su prejuicio, atribuía las contradicciones entre su prejuicio y la molesta realidad del CCH a “la ausencia de ideas claras y sistemáticas en torno al problema”.

Otra tesis del autor es que la burguesía trata de hacer de la Universidad una función dependiente del desarrollo industrial capitalista, lo cual es en parte cierto; pero sólo en parte, pues también existe una historia de luchas entre las antiguas burguesías latifundistas, el imperialismo, las burguesías industriales, la pequeña burguesía y los trabajadores, luchas que impiden precisamente el que la Universidad sea una mera función de la industria capitalista. Tan no lo es que cuando las contradicciones se acentúan la Universidad deja de ser esa especie de “fábrica de reproducción del sistema” a que se refieren los estructuralistas, y es contenida, hostilizada y clausurada por las clases dominantes. La Universidad crítica como Universidad “funcional” al sistema, como “válvula de escape” del sistema deja de ser “funcional” en ciertas coyunturas históricas, como las que viven hoy muchos países de América Latina. Por ello “el sistema” tiende a destruirlas y a mermar su libertad, su crítica, su influencia en la sociedad civil y política.

El autor propone una imagen simplista de la dominación de clase y una lucha simplista en

contra de esa dominación: si el capitalismo quiere que la Universidad dependa y se integre a la industria, la mejor forma de luchar contra esa pretensión —según él— es que las fuerzas revolucionarias de la Universidad no sólo se opongan a esa dependencia —lo cual es correcto—, sino que también se opongan a cualquier acercamiento de las universidades y el sistema de producción. Lo cual es falso.

Curiosamente, el autor es de los que nada más ven a la burguesía, su poder y su “sistema”. Se les olvida que en el sistema productivo, no solamente se encuentran los capitalistas, sino también, y muy especialmente los trabajadores.

El proyecto del CCH correspondió a una filosofía que lucha por acercar el trabajo manual e intelectual, el científico, el histórico y el político. Eso es clarísimo. El proyecto de la “Universidad Abierta” (de 1972) fue un proyecto complementario, que pugnó por introducir a la Universidad y a los estudiantes en el sistema de producción, y por ligarlos a los obreros en sitios de estudio que sirvieran a ambos. A diferencia de otros sistemas de Universidad Abierta —en que sólo se usa la enseñanza por correspondencia o por televisión— el sistema de Universidad Abierta de la UNAM, que aprobó el Consejo Universitario, se basa en la idea de crear núcleos de enseñanza universitaria en los recintos universitarios y también en los centros de producción. Esa idea encuentra antecedentes en todos los proyectos de reforma universitaria que buscan acercar a estudiantes y trabajadores, y facilitar el acceso de los trabajadores a la educación universitaria.

La “Universidad Abierta de la UNAM” —en su diseño original que consta en las publicaciones de *La Gaceta Universitaria*— encierra una solución práctica al proyecto que José Carlos Mariátegui esbozara, en ese mismo sentido, hace más de treinta años. Por lo demás no fue un diseño sólo basado en la teoría. Antes de su elaboración habíamos realizado un estudio en el sistema productivo de la zona central del país (Distrito Federal, Puebla, estado de México, Hidalgo, Morelos), por el cual habíamos descubierto que aproximadamente un 30% de trabajadores manuales desean y pueden seguir estudios universitarios, si se les dan las facilidades necesarias para realizarlos en sus propios centros de trabajo. Habilitar profesores en los centros productivos, utilizar el personal calificado y los laboratorios que hay en muchos de ellos, y enviarles libros e instrumentos auxiliares de aprendizaje era el objeto del proyecto. Pero justamente ese proyecto —como el del CCH y el del ingreso de los normalistas a la UNAM— era “disfuncional” a los intereses hegemónicos de las clases dominantes. Y quizás era el más “disfuncional”: suponía un enlace de estudiantes y trabajadores, una unión y acercamiento, que han procurado impedir por todos los medios. Era demasiado. Y no es

difícil comprender que el proyecto original de la “Universidad Abierta”, sumado al del CCH, y al clima de libertad y de lucha ideológica que imponía la comunidad universitaria, fueron vistos como una de las amenazas más graves que sintieron las clases dominantes durante mi gestión, y que determinaron —con otras medidas de igual signo progresista— su brutal ofensiva en mi contra. Si en el futuro la UNAM logra implantar en toda su amplitud el sistema de la “Universidad Abierta”, sólo lo logrará mediante una lucha intensísima, y en condiciones de acción conjunta de profesores, estudiantes y trabajadores, que encuentren eco y respaldo en las fuerzas democráticas y revolucionarias del país.

El autor sostiene otra tesis que es correcta, y de la cual deriva falsas conclusiones. Afirma con Florestán Fernández —en curiosa cita— que “Es una característica de las clases dominantes, ‘por muy conservadoras que éstas sean, de su estilo de acción, aceptar las innovaciones inevitables ya sea minimizando sus proposiciones o bien neutralizando su impetuosidad’”. Y de ahí concluye: “En tal perspectiva, la política de PGC se manifestaba favorable a ‘aumentar el número de organizaciones democráticas de profesores y estudiantes’, así como a reconocer a los Comités de Lucha, bajo la condición de la democratización” (!). Y cita varios conceptos que sostuve en favor de la democratización del Consejo Universitario y de la Universidad para confirmar que se situaban en esa “perspectiva” conservadora. Su argumentación es un sofisma de tan mala fe que cualquier política que hubiera sostenido habría sido, según él, conservadora. Incluso lo era la de estimular a las organizaciones democráticas de la Universidad y los universitarios, única forma en que se podía enfrentar la crisis de los comités de lucha a que el autor se refiere.

¿Qué pruebas aduce? ¿Qué hechos oculta? Pruebas: que algunos de mis colaboradores se integraron después al gobierno. Que yo sólo planteaba entonces un “esquema político ideológico... según el cual sólo existían dos alternativas a nivel nacional: ‘o democracia o fascismo’”, que ignoraba el carácter de clase del Estado y le “otorgaba la capacidad de iniciar y profundizar una serie de reformas radicales, sociales, económicas y políticas”; que apoyaba “el espectral reformismo gubernamental”, y que formulaba un “esquema simplista”, “profundamente erróneo y conservador al colocar en el mismo nivel y contexto a sectores radicalizados del movimiento estudiantil y grupos empresariales y tendencias golpistas” (p. 71). Entre los hechos olvidados, acallados y ocultados, se encuentran algunos que no sólo tienen interés personal, ni sólo sirven para advertir los términos de un análisis falso, sino que permiten ver algunas formas generales del razonamiento inescrupuloso.

El autor olvida que así como algunos estudiantes de los Comités de Lucha se integran al

gobierno, también se integraron algunos de los funcionarios de la UNAM, pero que muchos otros, alumnos y profesores no se integraron. Y su integración ulterior, en todo caso no es prueba de “la perspectiva conservadora” del proyecto. En cuanto a la alternativa única de “democracia o fascismo”, el autor ignora que siendo rector presenté en el Congreso Mundial de Sociología de Varna, Bulgaria, un trabajo sobre la necesidad histórica de “El socialismo en América” (publicado en el primer tomo de las memorias del Congreso). También olvida que publiqué otros trabajos de enjuiciamiento del sistema capitalista, el imperialismo y el neocolonialismo. Es posible que no los haya visto. Pero no nada más en esos trabajos me refería al socialismo como el camino histórico para la solución de los problemas del mundo y de México. Lo hice también siendo rector, ante las cámaras de la televisión nacional, cuando fui a visitar al presidente Allende y afirmé que el socialismo, para el mundo y México, es el único camino de la solución social.

Y ahí viene una verdad falseada. Es cierto que al mismo tiempo luché para que se impusieran una serie de reformas. Casualmente las reformas que postulé no fueron las que sostenía el Estado, ni tenían el mismo contenido, sino las que ha sostenido hasta hoy una parte muy importante de la izquierda organizada. Reforma fiscal que afectara los ingresos del capital, nacionalización de la banca, nacionalización de las industrias monopólicas de bienes de consumo popular, ampliación de la educación superior al mayor número. (Si se lee la prensa de entonces se verá que nunca el Estado propuso semejantes medidas, y que en el terreno de la educación, la corriente más fuerte era la que postulaba el control del ingreso a las universidades).

Es cierto también algo que no dice el autor y no tiene por qué decirlo: que en la Universidad aprendí mucho cuando era rector, entre otras cosas que la política, a corlo y largo plazo, de la clase obrera exige una teoría y una práctica más profunda de la acumulación de fuerzas, de la autonomía y las alianzas, y de la lucha por su hegemonía en distintas etapas.

Dice el autor que “uno de los elementos decisivos en la quiebra del proyecto educativo de PGC la constituye la carencia de una base social amplia en la cual apoyar su ejecución”. Y añade: “En realidad, el proyecto no solamente enfrentaba el antagonismo de los sectores universitarios democráticos; ni siquiera logró concitar [sic] la plena anuencia de los sectores dominantes de la UNAM.” De nuevo la mentira a medias como recurso retórico, en vez de la verdad histórica: el proyecto educativo no entró en quiebra. El CCH está presente y ha formado a una extraordinaria generación de jóvenes que contarán en la historia de este país.

Aunque algunos estén limitados por las mismas ideas del autor del artículo.

Por lo demás, el objetivo de que el Estado asumiera la responsabilidad de financiar la educación superior a un número creciente de estudiantes, en formas que antes de 1970-71 eran objeto de terrible regateo y oposición, y que *ahora* vuelven a manifestarse en los sectores oficiales y privados más reaccionarios, fue un objetivo que se logró y continuó varios años. El que no se haya realizado la reforma fiscal que gravara al capital ni nacionalizado los monopolios, determinó un endeudamiento externo, un proceso inflacionario y un ciclo de devaluaciones monetarias que nosotros anunciamos desde entonces, y no sólo en declaraciones, sino en un artículo que publiqué en el número 100 de *El Trimestre Económico*, siendo rector. Fue así nuestro triunfo muy parcial, limitado al crecimiento de las universidades, y dejó vivo un problema por el que ahora lucha *toda* la izquierda organizada, que busca enfrentarse a la política del FMI y sus corifeos, mediante una serie de reformas que no se implantarán si las masas y los sectores progresistas del país no logran imponerlas. Esta política de la izquierda no es necesariamente reformista, y no lo será en la medida en que siente las bases para un proceso continuo de acumulación de fuerzas de las clases trabajadoras.

En fin, las ideas que surgieron en esos años en la UNAM —distorsionadas y todo— siguieron incluyendo e influyen en otras universidades y centros de educación superior del país, aunque con el debido olvido y ninguneo de sus promotores originales, a que afanosamente busca contribuir el autor del artículo.

En cuanto a la “carencia de una base social amplia”, que mantuviese una acción de apoyo sostenido, dentro de su propia autonomía y estrategia, algo hay de razón en el autor. Precisamente personas de su tipo contribuyeron a difundir una serie de prejuicios y rechazos globales, basados en mentiras como la de que el CCH era una reforma tecnocrática y la de que la Universidad Abierta era patronal, armando campañas de rumores y fobias con las que no sólo contribuyeron a privar de bases sociales a los promotores de esos “proyectos”, sino hicieron particularmente difícil la acción de los grupos y partidos de izquierda, en su lucha por organizar y democratizar a las masas estudiantiles.

Después de la crisis política y la masacre de que fueron objeto los estudiantes en 1968, no sólo a los hombres progresistas, sino a los partidos de izquierda les costaba trabajo reducir las presiones de importantes sectores estudiantiles carentes de organizaciones democráticas, de programas concebidos con un sentido táctico y estratégico, de vínculos con organizaciones de masas, y entre cuyos líderes se contaban una gran cantidad de “contestatarios” y numerosos

agentes provocadores cuyo objetivo era impedir la organización estudiantil y su vinculación organizada con las fuerzas progresistas y revolucionarias. Fue una situación realmente difícil para encontrar las bases sociales a cualquier proyecto que se planteara, a la vez, las luchas a corto y largo plazo, políticas, educativas y revolucionarias. A muchos de esos sectores se les hizo creer que el proyecto era “oligárquico”, en vez de orientarlos a apropiarse de él, como ocurrió en el CCH.

El mal español del autor, más que su subconsciente, le hace decir que el “proyecto no logró concitar la plena anuencia”, (vale decir no logró “instigar a uno contra otro, o excitar inquietudes y sediciones”) en “los sectores dominantes de la UNAM”. Parece que el autor pretende afirmar que el proyecto no encontró apoyo pleno en los sectores dominantes de la UNAM. Lo cual sólo en parte es cierto, pues el proyecto quedó plasmado en leyes, hechos y tendencias.

En cuanto a las luchas internas, éstas nunca llevaron a mis opositores (a quienes el autor llama opositores internos al “bloque dominante en la UNAM”) a manifestar su oposición utilizando a “golpeadores”. Yo nunca creí que los golpeadores y los gánsters estuvieran manejados por los profesores a que se refiere el autor. Dispuse de suficientes elementos de juicio, y el principal fue su trayectoria académica anterior y la conducta diaria. Padecimos en cambio, tanto el supuesto “bloque dominante” como los “opositores” internos, el asedio constante de grupos de choque y mafiosos que se movían con extrema impunidad, sin que nunca el gobierno contribuyera a esclarecer quiénes —de dentro o fuera— estaban detrás de ellos, y todo ocurrió, a pesar de las constantes protestas públicas y privadas que presentamos durante mi gestión, y hasta mi renuncia. Por supuesto quienes movían a esos grupos de choque tenían buen cuidado de ocultarse. De quiénes eran nos llegaron las versiones más contradictorias: un hecho era innegable que el imperialismo y la oligarquía —en el sentido riguroso de ambas palabras— los usaron para impedir —de un lado— la organización estudiantil, y para colocarnos, además, en una situación que nos obligara a recurrir a la violencia oficial, o a cargo de las propias autoridades universitarias. Fuimos muy claros en nuestras denuncias —hasta donde las pruebas nos lo permitían—, y muy firmes en una vieja decisión: no usar la violencia. Como estudiante me opuse a uso de las fuerzas represivas en la Universidad, y también como rector.

Algunos otros falsos silogismos de autor —en relación a la reforma educativa— tal vez sean interesantes. Baste citar uno de ellos: “En el proyecte [del CCH] —escribe— parecía hacerse abstracción de la composición de clase del estudiantado”. Y añade: “para la mayoría

de los estudiantes el ingreso a la Universidad era contemplado como un mecanismo de ascenso social y económico y, consecuentemente, aspiraban a ingresar a los niveles superiores y no convertirse en ‘técnicos de nivel medio’”. Aquí, no sólo se da nuevamente la mentira, sino la mentalidad funcionalista de un autor que oscila entre el anarco-funcionalismo y el estructuralismo-funcionalismo más conservador. En cuanto a la mentira: no hay un solo texto de la reforma universitaria en que se diga que en vez de profesionales se van a formar “técnicos de nivel medio”. En todos los casos se postula la unión de la enseñanza para el trabajo teórico y técnico, científico e histórico, intelectual y manual, y se busca dar diplomas por ambos tipos de enseñanza. Con toda mala fe y contra toda evidencia se afirmó lo contrario entonces, en actitudes parecidas a las que maneja hoy el autor. Pero, además, el autor critica el proyecto por no haberse atendido “a la composición de clase del estudiantado”. Semejante razonamiento sólo lleva a una conclusión: si no se quiere hacer abstracción de que el estudiantado pertenece a las capas medias y a la pequeña burguesía es necesario alentar los valores más característicos de su composición de clase. Tal es la clara conclusión que surge (aquí y en otras partes) de un funcionalismo con que el autor aprisiona las categorías de clase, y da bandazos entre el “sociologismo” y el “ideologismo”.

Pero terminemos. Dice el autor: “La administración de PGC tuvo que enfrentar un conjunto de conflictos ante los cuales mostró una notable incapacidad para resolverlos y sortearlos con éxito.” En opinión del autor esa “notable incapacidad” se debió a “la carencia de una posición definida frente a los problemas más importantes que de haberla tenido, quizás le habría abierto el camino para ir conformando una base política-social amplia en la que apoyarse”. El ataque aquí parece usar categorías personales. Las usa. Sólo un leve “quizás” apunta hacia otras categorías. Destaco esto, más para resaltar el cambio de categorías, que para defenderme del ataque personal. Intentaré sólo recuperar algunos hechos sociales y políticos deliberadamente olvidados o distorsionados por el autor cuando habla de la “carencia de una posición definida”. Creo, por el contrario, que en la rectoría definí cada vez más mi posición política e ideológica. Lo que es más, pocas administraciones en la historia de la UNAM han definido tanto su posición en favor de las causas populares, democráticas y antimperialistas. Siento que, “quizás”, esa definición fue parte de la crisis que me llevó a la renuncia en las condiciones concretas que vivía la Universidad y la izquierda organizada. El autor olvida nuevamente muchos hechos. En todo su artículo *no se refiere a* la defensa que encabecé de los presos políticos del 68, y que no sólo dio motivo a múltiples declaraciones en su favor, desde mi toma de protesta como rector, sino a la presentación de una demanda que formulé al

presidente saliente y al entrante, y que fue elaborada por los abogados de la UNAM en consulta permanente con los abogados de los presos políticos. El autor tampoco se refiere a las varias protestas que formulé como rector, unas *con todos los directores y autoridades*, como la del 10 de junio, a que hace alusión, y otras como rector, contra el uso de las fuerzas represivas contra estudiantes y universidades. Esas protestas, con otras surgidas de distintas universidades y grupos progresistas, fueron determinantes de la caída de algunos altos funcionarios y gobernadores. Aunque no hayan sido la única causa, constituyeron una fuerte presión contra el uso de la represión por importantes sectores oficiales del gobierno federal y de los estados. Llegaron a constituir una posición tan definida que fue volviéndose más y más adversa a mi continuidad en la rectoría. Y precisamente, comités de lucha como el de Derecho, a que hace referencia el autor, se dedicaron a criticar esas declaraciones para impedir que tuvieran el apoyo del estudiantado, aduciendo el pretexto de que eran “mediatizadas”. Tal línea de razonamiento no era exclusiva de ese comité. Era precisamente la que habla llevado a la crisis a otros comité» de lucha, la de un raro maximalismo verbal, a la vez ingenuo y manipulado. Expresaba mal un fenómeno real, el de la mediación o mediatización de las demandas populares por dirigentes y organizaciones que no surgen de su propio seno ni obedecen a la voluntad organizada y al destino histórico de la clase obrera. Y representaba mal ese importante problema al plantear una serie de luchas intermedias como si fueran luchas de clase contra clase, con actores definidos en favor o en contra de un partido u organización que las expresara y articulara. Como ello no era así, en la realidad la protesta pseudo-izquierdista contra mi defensa de los presos políticos correspondía a un fenómeno sobre el que todas las fuerzas efectivamente progresistas y revolucionarias hacen cada vez más hincapié: la existencia —a varios niveles— de ideólogos y líderes que sostienen tesis de apariencia muy radical, que nada tienen que ver ni con su composición de clase, ni con su base de masas, ni con perspectivas de lucha a corto y largo plazo, ni con análisis o reflexiones tácticos y estratégicos, ni con una “praxis practicada”, sino con un orden declarativo, emotivo, de expresión verbal inconsecuente, de “grito no superado”, que no sirve para acumular fuerzas, ni para preparar fuerzas, ni para usar fuerzas. Se trata de un remanente sólido del viejo pensar anarquista con un actuar espontáneo más o menos nuevo, y un rechazo irónico a cualquier invitación a la reflexión política, práctica, capaz de acumular y preparar las fuerzas del pueblo y los trabajadores. La violencia verbal que caracteriza a estas corrientes, la matriz emocional en que se mueven, los actos de coraje que suelen provocar son de tal modo “consistentes” que sólo organizaciones de masas muy poderosas y conscientes parecen estar

destinadas a impedir el éxito que tienen, y por el que se retrasa precisamente el desarrollo de esas fuerzas. La respuesta al tipo de argumentación que manejan no será puramente intelectual —y supera con mucho al autor del artículo y al que esto escribe. Sólo lograrán responder con éxito a ese tipo de expresión las organizaciones de masas y los partidos que basen su lógica en la acción y la historia de las masas. Por ello aquí, más que responder al autor traigo a cuentas un problema que nos rebasa.

En lo que se refiere a mi gestión durante la rectoría, sí puedo decir que a pesar de todos los embates de mala —y sobre todo de buena fe— di pruebas de obrar con el máximo de coherencia posible. Ante una situación concreta difícil —bastante difícil—, me pareció importante el problema de la coherencia. Había afirmado, de un lado, que “nunca, por ningún motivo y bajo ninguna circunstancia los problemas de la universidad deberían resolverse por las autoridades recurriendo a la fuerza pública”. Y, de otro lado, había siempre creído que la solución esencial del problema social constituye la tarea histórica de los trabajadores. Y me había sentido identificado con sus demandas.

La invasión a la rectoría por un grupo de individuos armados, que “tomó como pretexto algunas peticiones de maestros normalistas” (cf. p. 74) a los que precisamente por primera vez les habíamos abierto el acceso a la UNAM; no me hizo “titubear” un solo momento. De hecho fue el factor determinante de mi “caída”: cuando, a pregunta de un reportero, el presidente de la República afirmó que sólo intervendría la policía en la Universidad a petición del rector, contesté a los periodistas que fueron a verme con un “No”, nada “titubeante”. Mis mayores esfuerzos consistieron, sin embargo, en convencer a numerosos grupos de estudiantes, que querían recuperar la rectoría, para que desistieran de sus propósitos, con lo que se evitó una bien planeada masacre. Y finalmente, y por supuesto, pues era lo mínimo, ni siquiera pensé en usar grupos de choque.

Todas nuestras protestas fueron inútiles. Los invasores, como dije entonces, gozaban de garantías que jamás ha tenido un delincuente. Entraban y salían de la UNAM con la mayor impunidad y desenfado. El plan les resultó perfecto. No dejaban más salida que mi salida. Cuando ésta ocurrió, rápidamente se esfumaron los invasores. (Y entre paréntesis: nunca tuve “la ilusión de poder contar en forma permanente con el apoyo del Ejecutivo”, como afirma el autor en un razonamiento bastante oficial. Más bien mi “ilusión” consistió en darle un peso, quizás excesivo, a la idea y la fuerza de la autonomía universitaria.)

En cuanto al movimiento de los trabajadores, sostuve las tesis de la izquierda mexicana, basada en muchos años de lucha de la clase obrera. A la vez, busqué mantener e

incrementar las posibilidades de la siempre acosada autonomía universitaria. Cuando presenté la primera propuesta de solución a las demandas de los trabajadores por la organización de su sindicato, procuré que esta oferta no sólo fuera mía sino de todas las autoridades universitarias, incluso de aquéllas que veían con un enorme recelo la creación del sindicato. En el primer planteamiento me preocupé sobre todo de sostener una tesis defendida por la izquierda mexicana aún antes de 1932: el que el gobierno no se convirtiera en árbitro de los conflictos sindicales de la Universidad. Con ello no sólo defendía las tesis largamente sostenidas por el pensamiento sindical independiente, sino enfrentaba el peligro de que el día de mañana el secretario del Trabajo apoyara a los obreros “buenos” contra los rectores “malos”, o a los rectores “buenos” contra los obreros “malos”.

En el segundo proyecto de solución a las demandas del sindicato de trabajadores universitarios mantuve una posición muy definida en el sentido de que los trabajadores se comprometieran a luchar por la Universidad, por la libertad de investigación y de cátedra, y por la autonomía universitaria que, relativas y todo, constituyen —lo sigo creyendo con firmeza— una importante arma de las fuerzas progresistas. Por eso insistí en que más que un mero contrato de prestaciones económicas y sociales firmáramos un *convenio* que protegiera también al conjunto de la Universidad en su misión crítica y científica. Y propuse al mismo tiempo que se ampliara la representación de los trabajadores al Consejo Universitario. Pero, sobre todo, luché contra la “cláusula de exclusión”, figura legal y política que en opinión de *todos* los partidos e ideólogos de la izquierda mexicana —y yo comparto esa opinión— ha servido —como lo dije entonces— para “aherrojar al movimiento obrero mexicano”. Comprendí el deseo de los líderes sindicales de disponer de la “cláusula de exclusión”, como arma que en sistemas sindicales muy poderosos y de sólidas bases democráticas fortalece la fuerza sindical. Pero no podía —como rector de la Universidad— actuar sobre la base de principios generales, sino de la situación política y social, una y otra vez comprobada en la historia de México. No podía, como rector, sentar las bases jurídicas que han comprobado, una y otra vez, en la historia del movimiento obrero en México, su utilidad para la implantación de un sindicalismo autoritario y oficial. Con la “cláusula de exclusión”, que implica cese en el empleo de cualquier trabajador expulsado del sindicato, había el peligro evidente de que yo contribuyera a la creación de un sindicato oficial, aun sin quererlo. Me opuse con razones. Y si en las concesiones se me acusó de mediatizador, en negativas como ésta, se me acusó de paternalista. Quizás, objetivamente, yo no podía dejar de cumplir uno u otro papel, aunque lo quisiera. Por eso también decidí renunciar a la rectoría, aunque siento

que el problema de los trabajadores estaba mucho más próximo a la solución, que el falso y brutal problema de los invasores. Aquél era un problema real, con alternativas, éste, uno artificial calculado para que no tuviese otra alternativa, que la violencia o mi renuncia. Por eso también decidí renunciar al cargo de rector. Afortunadamente, el sindicato que se formó mantuvo en alto grado la estructura jurídica que yo había propuesto.

Exactamente cuatro años después de estos hechos, y estando apenas de regreso de un viaje que hice para asistir a un Congreso sobre “El socialismo en el mundo contemporáneo”, veo de pronto que ustedes publican un artículo lleno de falsedades que me hizo pensar otra vez en el daño enorme que hacen semejantes “análisis” con su apariencia revolucionaria y su moral bajísima.

Detrás de este tipo de escritos se encuentra la misma forma de pensamiento que ha desarmado a las fuerzas populares de muchos países de América del Sur. Que las ha aislado, haciendo de los pequeños resentimientos motivos de una expresión verbal muy injuriosa. Basados en calumnias, como las del artículo que publicaron en mi contra, descalifican toda acción de un hombre, un partido o un Estado que no hayan dado las batallas finales y absolutas. Con ese mismo razonamiento —y guardando todas las proporciones—; pero exactamente con ese mismo razonamiento, no sólo se han destacado las contradicciones de los intelectuales progresistas y de izquierda, ni sólo las de los líderes antimperialistas que no tienen base proletaria —ello para descalificarlos totalmente—, sino que se ha llegado a descalificar a los partidos de la clase obrera e incluso a los países socialistas, sin que al mismo tiempo se construyan las bases teóricas y sociales de una nueva alternativa. Quienes la han construido —y que se encuentran en las antípodas de esta forma de pensar y actuar— son los grandes revolucionarios de nuestro tiempo. Pero aquellos otros —que de revolucionarios no tienen el menor elemento teórico o práctico— son justamente quienes pretenden encerrar la historia en una dialéctica de democracia o fascismo, que ellos sostienen con un lenguaje izquierdista, mientras sus gemelos de lenguaje conservador apuntalan las mismas tesis desde posiciones aparentemente opuestas. Si hemos de salir de este círculo siniestro, no ha de ser a través del anarco-funcionalismo ni del estructural-funcionalismo ultraizquierdista-conservador —juez y señor de las fuerzas que actúan en serio—. Saldremos a través de un conocimiento profundo, basado, en el terreno intelectual y práctico en el estudio político de muchos autores, desde Marx o Lenin, con el difícil manejo de la dialéctica, como proceso de lucha de clases y liberación, pasando por el conocimiento de la moral revolucionaria de un Martí, y por la lógica del poder de un Juárez —a las que se den nuevas connotaciones de clase—,

hasta la previsión del comportamiento enemigo, que implica una cuidadosa lectura de los Hobbes, y una práctica de lucha contra los Taylors, los Georges Rafts y los Pinochets.

El país está viviendo un momento difícil. Todos lo sabemos. Preguntaría a quién le interesa en este momento de crisis lograr que surjan fisuras y divisiones —grandes o pequeñas— entre las fuerzas democráticas y revolucionarias de México.

Dentro de una situación general de crisis del imperialismo y del capitalismo, en México la inmensa mayoría de las fuerzas organizadas de izquierda han planteado una política correcta que tiende a acumular el máximo de fuerzas proletarias y populares, sin acrecentar el peligro del fascismo. Al efecto, esas fuerzas reales pugnan por aumentar los derechos políticos, y presionan para que se realicen una serie de reformas y de nacionalizaciones, que aumenten la posibilidad de la lucha política. Individuos como el autor del artículo, y sus padrinos mentales, tachan con desenfado de “reformista” este tipo de política, y proponen la alternativa de “revolución o fascismo”, sin hacer nada, en la teoría, en la práctica, en la conciencia, más que gritar, detractar, reír con amargura, huir de las masas organizadas y acallar a los jóvenes y viejos revolucionarios con simples palabras, declaraciones, declamaciones e injurias. Y como siempre pueden encontrar alguna “contradicción” en quienes actúan y en quienes adquieren responsabilidades reales —más aún si se trata de intelectuales progresistas, pero incluso cuando se trata de partidos de la clase obrera—, realizan un espléndido teatro de distracciones, de desarme moral y escepticismo, de cinismo y conformismo izquierdista.

Su práctica de la palabra se reduce al uso de la palabra. Su impotencia verbal se convierte en programa de gobierno. Su argumentación va contra toda responsabilidad de poder. Erigen el no poder en paradigma profundo del hombre. Su desesperación proclama un futuro triunfalista y un presente resignado. Crean un espacio simbólico donde todo es condena. Y expresan las contradicciones como un acto de ministerio público. Transforman el pensar revolucionario en mera alerta frente a todos los engaños presentes y futuros. Viven la fenomenología de la sagacidad como esencia del descubrimiento de un mal estructural. Se imaginan “conciencia de clase” y se instituyen en representantes de fuerzas impersonales que no-caen-en-el-engaño. Sentencian frente al “enemigo” que actúa en el mundo real: “Todos nos han traicionado y los que no nos traicionaron prefirieron convertirse en mártires para que no nos diéramos cuenta de que eran traidores.” Y como no luchan por el poder en las organizaciones democráticas o revolucionarias discurren que toda la historia los ha traicionado, desde Cuauhtémoc hasta Salvador Allende, pasando por Lázaro Cárdenas. “Hacen

de la mecanografía de sus cuartillas su perspectiva Nevsky.”

No son ellos, Neus, ni tú ni yo, quienes tendremos la última palabra: la tendrá el trabajador organizado y el pueblo consciente, que mirarán muchas de estas luchas como una forma más de expresión de la pequeña burguesía angustiada, y deseosa de no ser calificada de reformista; volviéndose izquierdista.

No estamos condenados, sin embargo. Nuestra moral y reciedumbre nos pueden sacar del determinismo de nuestra clase. Hay un libre arbitrio para apoyar a las organizaciones de la clase obrera que luchan hoy por las reformas, y mañana lucharán por la revolución, en el terreno a que las obliguen las clases dominantes. Pero quien no lucha por la reformas ni por la revolución, y se limita a gritar la revolución es hombre descalificado que no puede descalificar obstáculo tan grande o mayor que quienes sostenemos, que “ninguna política puede ser tachada de reformista cuando contribuye a aumentar la fuerza, la conciencia y la autonomía de la clase obrera”.

Una última cosa que olvidaba: desde el primer día de la huelga ordené a los abogados de la UNAM que no usaran ninguna instancia legal, y a la Tesorería que pagara regularmente sus sueldos a los trabajadores en huelga. Así pude hacer una aportación a la historia universal de las huelgas, pues en ninguna otra el “patrón” renunció a sus “derechos” ni pagó los sueldos regularmente. Ese es uno de los matices esenciales de la lucha de clases: que de la pequeña burguesía pueden salir quienes se identifiquen más y más con los trabajadores.

Te saluda cordialmente,

PABLO GONZÁLEZ CASANOVA